

LO QUE VOY A CONTAR OCURRIÓ
CASI TERMINANDO EL AÑO...

... corría noviembre con sus vientos y fríos, cuando un hombre alto, parecido a un extranjero, apareció abarcándolo todo con ínfulas en la cantina. Celebrábamos la visita del Flaco Rodríguez, peleador de corazón, primo de mi amigo el Pollo. Y en ese lugar porque era viernes de tarde y los días terminaban temprano. “¿De dónde llega el amigo?”, preguntó Jimmy desde la barra. Que del terremoto, despedazado, todavía arrastrando pedazos de la muerte. Si hubiera sido otro el humor todos le habríamos puesto atención, pero el hombre iba buscando riña, se notaba porque cuando hablaba hurtaba y rehurtaba en las miradas. Nosotros pescamos aquello de al tiro, de manera que no le dimos la oportunidad, porque aunque aquella fuera nuestra cantina, no éramos pueblo afanado, ni de peloterías, mucho menos de reyertas. Lo nuestro era la bebida en paz, entre amigos y guitarras, entre historias y restos de limón.

Cada quien se dedicó a lo suyo. Pensábamos sin hablarnos que si el hombre insistía, lo mejor era llamar a la Policía. Pero el Flaco, que venía de otra tierra, no le quitó la mirada de encima y no porque tuviera rápido el *jab* y certero el *opper*, sino porque le daba curiosidad la mirada de la gente en pena. Yo lo vi desde el otro lado, metido entre su grupo, con la bebida en la mano. Sin querer dije, quizá para salvarlo, con la barbilla en alto y el pecho hinchado, que la vida era un tren sin rumbo, una Torre de Babel con ruedas, una Sodoma y Gomorra embravecidas, que no había manera de aprender a vivirla, que todos allí sentíamos lo del terremoto. Pero el hombre ya se había empecinado con la mirada oblicua del Flaco, que de un rato a otro empezó por buscarle bronca. El Pollo me dijo que pensara en hacer algo, porque si el Flaco lo veía grande, en lugar de trompadas serían cuchilladas.

—¡Me encabrona que los hijos de puta me miren con cara de pendejos! —el insulto iba con dedicatoria al Flaco.

—A todos nos encabrona eso —le dije levantándome—, es natural que así sea. ¿De modo que viene desde San Marcos?

—Vengo del mismo infierno, donde la gente que uno quiere se muere de un rato para otro.

—Sí, todos aquí estamos atribulados —sus ojos enormes se cerraron como una sombra que cae. O no entendió, o le molestó que usara esa palabra—. Compungidos, apenados. De verdad, lo sentimos. Pero seguro que algo de guerrero hay en usted porque del cielo no mandan encargos sin razón.

—Guerrero sin guerra, quizá.

—Bueno, qué más guerra que la vida. Además, no habrá más que darle frente, porque del cielo no llega nada por gusto. Todo tiene su razón —guardé silencio viendo su mirada penetrar en la mirada del Flaco, parecía calcular algo. Luego dije sin pensarlo—: entiendo que algo le molesta.

—No me molesta, me emputa. Lo que me jode es que la gente buena se muera y los pendejos sigan con cara de pendejos —todo lo decía sin quitarle la mirada al Flaco.

Volví a ver al Pollo, estaba nerviosísimo, sabía que aquello se había armado. Me hizo señas para que me moviera, quería, eso entendí, que me pusiera en medio. A lo mejor su idea era evitar que aquellos dos continuaran desarmándose con la mirada. Tardé un poco, quizá dos o tres frases, el tiempo suficiente para bajarle un poco la espuma a la cerveza.

—¿Y cómo hizo en estos tiempos para llegar desde allá hasta acá?

—Hice lo que tenía que hacer, quitar pendejos del camino, y en esas ando.

—Qué oficio el suyo, ha de ser duro. ¿Le gustaría un trago?

—No gracias, no bebo desde entonces. Cuestión de respeto, usted sabe... hay que guardar luto. Solo los pendejos cuentan chistes y se emborrachan en estos casos.

—Si usted lo dice. Pero debería calmarse para pensar mejor las cosas, porque así de endiablado como anda va a parar matando a alguien.

—Si mato, mato pendejos, y los pendejos no son nadie. ¿Qué tanto le preocupan?

Para entonces yo estaba entre los dos pensando que si aquello reventaba quedaría sobre

el suelo hecho puras carnes, devastado por el aluvión de mordidas sórdidas, atacado desde la espalda por un perro famélico que buscaba sangre del otro lado, aquel de donde me llegaría una pirámide derrumbándose en un grito de dientes y baba de bestia.

—¿Y qué le gusta al amigo?

—Y qué más me va a gustar, si lo que me satisface es matar pendejos.

—Sí, pero —me incomodaba la altanería, y empecé por sospechar que el hombre conocía al Flaco, que algo le debía—... aparte de eso.

—Aparte de eso...

Se quedó pensando, por primera vez lo vi poner la mirada en otro sitio. “Pollo, saque al Flaco de aquí”, quise suplicarle, pero no se podía entre aquel relajo de cables cargados. De modo que moverse o hacer un falso intento podría significar la muerte. Dijo que le gustaban las apuestas, probar la seguridad, ver la desesperanza rayando los limbos de la locura. Era un hombre más alto de lo común, llevaba en la mirada, realmente, una pinta de diablo. En aquel momento supe que sería malo e implacable, que buscaría vengarse de la vida, gritarle a Dios que también él podía matar, arrancarle la vida a cualquiera.

—Se me apetece jugar a los dados.

—Chivo —dije sonriente. Teníamos el vaso y los dados en la barra.

—Eso mismo. Pero me gustaría jugar con ese de allá.

El Flaco se levantó tranquilo jalando el banco, sacándole el último suspiro al trago. Fue a la barra, movió los bancos con las piernas y encaramándose sacó del otro lado la caja negra.

Agitándola verificó si llevaba las cosas. Avanzó al centro donde estaba el Grandote mientras Jimmy lo veía con rabia, con ese afán de encajonarse con el Flaco por la prima, un rumor que el Pollo trajo de donde eran ellos. A Jimmy le gustaba porque una vez el Pollo la llevó a la cantina y se pasaron los dos de un lado a otro, se les veía muy amenos, así fue la semana entera. Ella le dio algo, por eso quedó prendado, si no sería un imbécil, seguro. Al Flaco le tenía tirria por el rumor, por el dicho que se repetía en la cantina como una burla, como una broma que prorrumpía en hilaridad, un falso halago para el Flaco, error del mismo Pollo, que siempre hablaba de esto o lo otro, todo para engrandecer a su primo, para volverlo más mítico. En el camino cogió una mesa pequeña, arrastrándola hasta cerca de nosotros. La puso frente a su oponente:

—De modo que le gusta apostar. Vino al lugar indicado. ¿Cómo le gustaría empezar?

—Probando su suerte. Doble seis, tres veces seguidas.

El Flaco se rió, no podía ocurrir aquello con nuestros dados, no estaban alterados. Que el hombre hablara con tanta seguridad me hizo dudar. Por un momento cruzó frente a mí la idea absurda de que era el mismo demonio.

—Eso es casi imposible. O no sabe de qué carajos se trata esto, o no se atreve a poner en juego la apuesta.

—Mi apuesta es su vida.

El Flaco volvió a reírse. El resto ya había dejado el me hago el desentendido para que no me vean. La mirada del Pollo eran dos planetas desorbitados, sabía que no habría marcha atrás,